

Precios de suscripción

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera . . . 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO**UNO PARA TODOS****SE PUBLICA LOS JUEVES****TODOS PARA UNO**

¡FARISEOS!

Las sociedades obreras de Lorca, en términos corteses, pero viriles y enteros, con grandes comedimientos de lenguaje, pero con la irremediable dureza de conceptos á que la sinceridad obliga, se han dirigido, como saben nuestros lectores, al Ministro de la Gobernación, pidiéndole que nombre una investigación para que averigüe y le haga saber cómo se administra á este pueblo, y que aplique, si lo cree procedente, el cauterio á la llaga que nos devora.

El país todo conoce la composición de las cuatro sociedades firmantes, únicas colectividades obreras que en Lorca existen; el país todo sabe que hay en ellas, en los individuos que las forman, la más grande heterogeneidad política y sociológica: conservadores, liberales, republicanos, carlistas, demócratas, individualistas, socialistas, de todo hay en la Unión Obrera, en el Gremio de Albañiles, en la Sociedad de Mineros y en el Centro Obrero.

Y con ser tanta la diversidad de pensamientos, que sólo el interés de clase y la legítima aspiración de mejoramiento enlaza y une, ha habido perfecta y absoluta conformidad en el juicio condenatorio de estas administraciones depredadoras y rapaces que sufrimos; ha habido coincidencia exacta en estimar que es imposible que sigasiendo Lorca un feudo de atrevidos; ha habido idéntica decisión para aventurarse á una lucha, que será tan recia y duradera cuanto sea fuerte la resistencia y sean numerosos los obstáculos que á la acción justiciera se opongan.

Grito de un mismo dolor, voz de una misma conciencia, demanda de una misma necesidad ha sido la exposición dirigida al Ministro: no se ha turbado con el más mínimo dissentimiento: la clase obrera en su totalidad la ha suscripto y junto á las firmas de los cuatro representantes obreros han puesto su adhesión todas las almas honradas.

Y es que no se trata de menguados intereses políticos, por los que sentimos nosotros más que nadie una aversión irreductible; sino de altísimos intereses morales, á los que la clase obrera de Lorca está mostrando una devoción verdaderamente admirable. Por eso nadie atiende ni mira al amigo ó al correligionario que puede caer envuelto en el justo castigo de sus prevaricaciones: la justicia, ese ideal permanente, la moral pública, esa necesidad imperiosa, y el decoro administrativo, ese rudimentario elemento de la convivencia, se han impuesto en todos los espíritus, y el que pudiera temer una lesión en sus personales afectos, voluntariamente la arrostra, con la resignación con que se entrega al bisturí del cirujano un miembro podrido.

¡Ejemplo de honradísima dignidad, que nos dá grandes alientos y segura confianza para el porvenir! Y ejemplo mucho más meritorio y plausible de lo que á primera vista parece.

Porque es cierto que frente á la acusación ninguna defensa se ha alzado, ciertísimo que no ha habido, ni puede haberlo, quien públicamente y con tesón contradiga una sola de las afirmaciones de la exposición, afirmaciones que en todos los números de EL OBRERO se han hecho con caracteres todavía más vivos. Pero no es menos cierto que, á falta de paladines que luchen, hemos tenido fariseos que intriguen.

Tres ó cuatro infelices seguidores políticos han querido hacer á sus amos el flaco servicio de sembrar discordias, rivalidades, enojos y desvíos entre los obreros. Éste ha intentado que se formulase alguna protesta de la exposición; aquél ha escogido el ruego, el consejo ó la amenaza para apagar los mal contenidos entusiasmos de la masa trabajadora; tal otro ha probado á lograr disidencias y pujilatos en una sociedad fraternal.

¡Inocentes! Les hemos visto maniobrar, agitarse en la sombra, creídos en el éxito de sus tentativas y fiados en la impunidad de sus hazañas; les hemos visto, y les

hemos dejado. Sabíamos que cumplían una penitencia necesaria; que tenían que lavarse la mancha de anteriores perfidias, para poder entrar purificados en su sinagoga; sabíamos que á cambio de hostilidades que aún sangran y de vociferaciones que aún suenan, ahora, para ser bienquistos y no inspirar recelos ni agravios, tenían que llevar una ofrenda, un homenaje, y nada tan apropiado como tributar la destrucción de la solidaridad obrera, el desgarramiento intestino del ejército renovador que avanza y que sabe pedir y sabrá pronto exigir moralidad y justicia.

¡Lucida campaña han librado! Creyeron encontrar en las colectividades obreras un ható dócil y obediente, y han hallado una suma de hombres dignos, fieles á sus compromisos, enérgicos en sus convicciones, incommovibles en su lealtad.

Vayan, vayan á otra parte esos torpes fariseos con la ignominia de sus inconsecuencias; álcense la visera y embracen nobles armas, si tienen algo que defender, y abandonen esa labor de topo, que, sobre ser estéril, muy poco dignifica y enaltece; porque si persisten en ella, si con procedimientos aviesos nos vuelven á salir al camino, sin consideración ninguna les arrancaremos la careta, les pondremos sobre la frente el estigma que merecen y les entregaremos á la vergüenza pública.

Más cieno

A paletadas puede sacarse el de la funesta gestión administrativa fusionista, en la última etapa de su mando, que aún sufrimos apesar del tiempo trascurrido desde la caída— ¡Dios mío, que no levante!— del partido liberal.

Pero necesitan más, mucho más, para en él refocilarse con holgura los de este desventurado país, tan ansioso de justicia y de equidad.

A propósito de los barbaros espectáculos que en el cauce del río veníanse dando con las pedreas que entre dos bandos se organizaban,

la guardia municipal, aunque muy tarde, consiguió apresar unos cuantos, y conseguido esto conducirlos al depósito municipal.

Era muy aplaudido, el encierro de los *riffenios* luchadores, por el país sensato, que veía con disgusto el abandono incalificable en que nuestras autoridades se mecían, sin que les consiguiese sacar de su *dolce farniente*, las quejas del vecario, ni los disparos de armas de fuego, que con escandalosa frecuencia se escuchaban.

Pero hétenos aquí, que á uno de los grandes mandarines políticos locales, á uno de los más empingorotados personajes de la situación, antojóselé *desfacer* lo hecho por los agentes de la autoridad en cumplimiento de su deber, y pensarlo y hacerlo, fué una cosa.

Efectivamente, al depósito municipal llegó como llovida del cielo una *orden*.— ¡orden! ¿eh?— para que inmediatamente fuesen puestos en libertad los presos, sin tardanza ni excusa alguna.

Y la *orden* fué acatada, aún cuando no emanaba de la autoridad que es la llamada única y exclusivamente á hacerlo.

Y en libertad fueron puestos los detenidos; por tierra quedó el principio de autoridad, y á merced de una turba de desalmados, de una chusma de bárbaros, amparados por un cacique, la tranquilidad de la población entera, de la undécima ciudad de España.

Son muy duros los cargos que pudieran formularse en este, como en todos los casos en que intervienen con su funesta política, los que á ella se dedican en Lorca.

Porque ese señor cacique, ese señor mandarin que *ordenó*, sin autoridad para ello, la libertad de los detenidos por alterar el orden, pudo y debió impedir como concejal el que el Tesoro municipal fuese malbaratado; pudo y debió evitar que las arcas municipales sean varita mágica que en su beneficio emplearon unos cuantos; pudo y debió obligar á que se administraran los ingresos municipales honradamente, fuesen atendidas las atenciones to-